



AÑO III

← BARCELONA 18 DE AGOSTO DE 1884 →

NÚM. 138



DESDE EL PALCO, dibujo por Llovera

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—CROMOS DE VIAJE (*Conclusion*), por don Fernando Araujo.—LOS TRES ÚLTIMOS DIAS DEL MARQUÉS DE AYAMONTE (*Conclusion*), por don Pedro de Madrazo.—RÁPSODAS Ó ARTISTAS, por don U. Gonzalez Serrano.

GRABADOS: DESDE EL PALCO, dibujo por Llovera.—EL MATRIMONIO CIVIL, cuadro por Benjamin Vautier.—COSTUMBRES ROMANAS, cuadro por G. Scinti.—MARCO ANTONIO CONTEMPLANDO EL CADÁVER DE CÉSAR.—LA TABERNA, cuadro por J. Ostade.

NUESTROS GRABADOS

DESDE EL PALCO, dibujo por Llovera

El teatro es el campo de batalla donde esgrimen sus mejores armas las mujeres de buen tono. Decía Camprón, con una falta de galantería indisculpable en un autor de tan buena sociedad, que la mujer es *animal nocturno*, y aunque esto escribió a propósito de un baile, nosotros creemos que el teatro es aún mucho más favorable para la dama ávida de conquistas. En el baile concurren muchas circunstancias que pueden determinar un Waterloo; en el teatro todo contribuye a un Arco o a un Austerlitz. En el baile es visible y hasta tangible el afeite y el postizo; al paso que en el teatro todo contribuye a la buena perspectiva, la distancia, la luz, las pinturas, hasta las mismas mujeres que consideradas colectivamente contribuyen al buen efecto individual, como en un jardín aún las flores más vulgares contribuyen al distinguido aspecto de la pálida rosa té y de la encendida camelia.

Mi amigo Llovera entiende de achaques femeninos: su constante preocupacion es presentar a la mujer en las mejores condiciones presentables (gusto que alabo) y dentro de este sistema ha producido a la dama de nuestro grabado, que es bella, sí señores, muy bella, y está en actitud de lanzar una flecha. (Los gemelos, en el teatro, son un carcaj que el niño Cupido se encarga de proveer y que casi siempre dan en el tendon de Aquiles.) Llovera lo entiende... ¡Y tanto como lo entiende!...

EL MATRIMONIO CIVIL, cuadro por Benjamin Vautier

Es un gran día el día de la boda. Un escritor ha dicho que en él *se sacaba ánima*.

No es extraño, por consiguiente, que cuando tanto ha suspirado el alma por el entrevisto paraíso, acuda gozosa a la antesala de esa oficina en donde se expiden pasaportes para el cielo.

Esa oficina es la del Juzgado municipal. Allí acuden los novios, nada difíciles de reconocer. La novia es la más apuesta y hermosa de las mujeres del cuadro: una pequeña nube oscurece su semblante. A punto de emprender un viaje largo, muy largo generalmente, y accidentado, es natural que el corazón lata con alguna violencia. El novio se muestra más confiado: al fin y al cabo es hombre, y los hombres están más acostumbrados a desafiarse los peligros.

¿Y porqué no han de hallar esos jóvenes prometidos la suspirada felicidad en el matrimonio que están a punto de contraer? ¿Porque son pobres acaso?... ¡Cuántas y cuántas cabañas cobijan mayor suma de dichas que los arcaicos techos de los palacios señoriales?... Donde hay juventud, cariño mutuo y amor al trabajo, existen cuantos elementos pueden engendrar la felicidad verdadera.

Nuestros novios, después que hayan cumplido con la ley en el juzgado y con el ritual en la iglesia, partirán para su hogar, una casita muy limpia, situada en uno de esos hermosos prados alsacianos, en los cuales Dios se complace en bendecir el trabajo del labrador. Allí vivirán la vida tranquila del campo, y cuando el cielo les depare un hijo y este llegue a la edad de comprender a sus padres, le enseñarán a dirigir la mirada del lado de Francia y a pronunciar estas sencillas palabras:

—¡Patria mía!.. ¿Cuándo rescatarás a tus hijos?..

COSTUMBRES ROMANAS, cuadro por G. Scinti

Las escenas de costumbres de la antigüedad romana se prestan notablemente para reproducirlas por artistas de talento. La arquitectura suntuosa y típica de los edificios, la ornamentación y sobre todo los trajes en los cuales aparece el desnudo a voluntad del pintor ó se oculta tras los majestuosos pliegues de la toga, del manto ó del velo, son elementos que se utilizan felizmente por cuantos se sienten con alientos para acometer obras de empeño.

El cuadro que publicamos en este número da idea de una de esas escenas, de simple recreación de los sentidos, á que tan propensos fueron aquellos hombres, cuyos antepasados habían dado altos ejemplos de civismo y amor a la honestidad del hogar. El dueño de la casa y sus huéspedes, sin duda después de haberse entregado a los placeres de la mesa, contemplan la no muy inocente danza de una esclava y escuchan la extraña música de algunos raros y no muy dulces instrumentos. En estos y otros análogos pasatiempos transcurrían las horas para los patricios de la decadente Roma; y mientras tanto se aproximaban a sus puertas aquellos terribles hunos, aquellos sanguinarios vándalos, aquellos incontrastables visigodos,

que bajo los cascos de sus caballos trituraron las imágenes de los dioses y las estatuas de los emperadores.

Marco Antonio contemplando el cadáver de César

Este cuadro recuerda involuntariamente aquel admirable lienzo de Delaroché, joya del museo de Nîmes, *Cromwell contemplando el cadáver de Carlos Estuardo*. Unicamente varía la expresión que anima al vivo en presencia del muerto. En el asunto inglés, Oliverio Cromwell es el tipo del enemigo fanático que contempla a su abatido contrario, mientras que en el asunto romano es el amigo que se dispone a pronunciar la oración fúnebre de la ilustre víctima.

Con efecto, Marco Antonio, admirador y decidido partidario de la política del gran Julio, no sólo fué el encargado de ensalzar sus glorias con ocasión de los funerales que se celebraron suntuosamente en honor del augusto asesinado, sino que empleó todo su prestigio y el poder que le confería su grado superior en el ejército, para perseguir mientras pudo a los asesinos de aquél.

Más tarde y de acuerdo con Octavio y Lépido impusieron al mundo romano el yugo de aquel célebre triunvirato, que había de traer forzosamente el imperio de Augusto, bien así como diez y ocho siglos más tarde el Directorio francés, especie de triunvirato, había de traer y trajo precisamente el imperio de Napoleón.

LA TABERNA, cuadro por J. Ostade

En materia de bebedores, y aparte el cuadro de *los borrachos*, de nuestro inmortal Velazquez, hay que reconocer la primacía de los pintores holandeses del siglo XVII. Sin duda la taberna debió ser establecimiento muy frecuentado por aquellos tiempos, pues ello es que existen infinitos cuadros de la época describiéndonos escenas típicas de semejantes establecimientos.

Renombrado autor en este género es Ostade, á quien se debe el cuadro que en este número reproducimos, valioso discípulo de Hals y cuya escuela, asuntos y manera de ejecutarlos, recuerdan al célebre Teniers, aún cuando quizás no alcance a este, sobre todo en la intención picaresca de sus obras.

La que hoy publicamos es notable por el buen dibujo y feliz expresión de sus personajes, exclusivamente preocupados de su tarea de beber y fumar, en lo cual parecen ser aguerridos veteranos.

Este ramo de la escuela holandesa ha tenido pocos imitadores, en lo cual nada, ó muy poco, ha perdido el arte, por más que sus asuntos nos hayan dejado apreciables cuadros. Pero la misión de la pintura es algo más elevada; el genio necesita más extensas y más puras atmósferas á que tender el vuelo. Velazquez demostró que sabía pintar borrachos mejor que nadie; pero á su poderoso talento no se ocultó que esas cosas basta probarlas una vez sola.

CROMOS DE VIAJE

(*D'après nature*)

(*Conclusion*)

IX

El amor en gran velocidad

—¡Qué diferencia de estos campos, siempre verdes, de este terreno tan pintoresco y accidentado á las inmensas llanuras secas, amarillentas y quemadas de Castilla! ¡Qué precioso es todo esto! No se cansan los ojos de admirarlo.

—Tienes razón; todo esto es preciosísimo; pero mira esta niña que acaba de subir. ¿No es más preciosa que todo eso? ¡Qué ojos más charlatanes! ¡Qué boca más seductora! Y sobre todo... ¡qué garganta más divina! ¿De dónde es V., hermosa, aunque sea mal preguntado?

—De Burgos, *pa servir* á V.

—¡Ay! Algo bueno daría yo por servirla aunque sólo fuera de corbata. Yo creía que en Burgos no había más cosa buena que la Catedral; pero veo que se crían diosas...

—¡Ja! ¡ja! No suba V. tanto, hombre, que se va usted á caer.

—¡Con tal de que cayera en sus brazos, por bien empleada diera la caída, aunque fuera de las nubes... Pero ¿cómo es su gracia, reina?

—Dolores, *pa servir* á V.

—¡Dolores!.. ¡Ay! Y que no son chicos los que yo estoy pasando.

—¡Qué exageraciones! Todos Vds. son iguales.

—¡Exageraciones!.. Pero, hija, si se me va haciendo la boca agua, y siento unos retortijones y me pega unos saltos el corazón...

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¿Se rie V.?

—¡Pues no me he de reír?

—Pues hace V. mal, muy mal, porque reírse del prójimo no es lo que Dios manda. Estoy pasando la pena negra desde que V. ha subido; deme V. esa mano, Dolores... ¿démela V... ¡qué mano más bonita!.. Póngala V. aquí, en mi corazón... ¿no siente V.?

—No, señor, no siento nada.

—¿Que no?.. Pero si parece que tengo ahí dentro una corrida de toros...

—Pero suélteme V. la mano.

—Déjemela V., Dolores; es el único consuelo que me queda... ¡Parece de manteca y rosas!.. Si V. me quisiera un poquito... nada más que un poquito, Dolores...

—Pues no le ha entrado á V. poco fuerte... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—Pero ¡qué rebonita está V. cuando se rie! Se le hacen á V. unos hoyitos... ¡Ay! Estar acurrucadito en uno de ellos debe ser como estar en la gloria... Pero ¿y la garganta? La garganta sobre todo... tengo envidia de ese collar.

—¡Estése V. quieto!

—Pero si es imposible, hija; V. no sabe lo que por mí pasa. Es una cosa... Mire V., quisiera evaporarme y deseo parecer por detrás de esa corbata tan bien puesta.

—¡Jesus, qué ocurrencia! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—Pero quíerame V. un poco, Dolorcitas, nada más que un poquitin... no sea V. tan esquiva...

—¡Pues qué! ¿Todavía no está V. contento?

—¡Contento yo!.. Pero hija, si todavía no ha salido de esos labios de rosa ni una palabra de consuelo. Dígame usted que me quiere... nada más que tanto así... y soy el más feliz de los hombres.

—Si en tan poco consiste... le daré á V. gusto.

—¡La comia á V. á besos!.. Me vuelvo loco de placer. ¿Con que es verdad? ¿Con que V. me quiere?

—Ya lo oye V. Pero poquito á poco; las manos quedas...

—Pero si no puedo, no puedo... Estallo de contento. ¡Oh! En el primer túnel que venga hemos de sellar nuestro pacto de amor con un beso. ¿No es verdad, Dolores? ¡Oh! no me niegues esa gracia...

—Es mucho correr.

—¿No ves que el amor tiene alas? ¡Oh, sí, sí! No me negarás ese consuelo supremo. Lo leo en tus ojos, Dolores... lo que es ahora no me cambiaba por un rey. ¡Cuánto tarda el túnel! El alma entera te voy á entregar, vida mía. Pero ¿qué es esto? ¡Una estacion! ¿Para qué habrá estacion ahora? Como paremos mucho me consumo.

—No pára más que dos minutos.

—Pero ¿dónde vas, Dolores?

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Adios y buen viaje; este es el pueblo á donde voy.

—¡Cómo! ¿Me dejas?.. ¡Imposible!

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!.. Vaya, divertirse mucho, y que no le den á V. tan fuertes.

X

En la Concha de San Sebastian

—Mira, mira las de Cifuentes. ¡Qué lujo, hija! Yo no sé cómo se las arreglan ciertas personas; ya ves que su padre no tiene más que ocho mil reales... y que es el único que lo gana en la casa... y sin embargo, ahí tienes á las dos hijas de sombrero, y tan empaquetadas como si fueran unas marquesas... A mí no me digan... ¡aquí hay gato encerrado!.. Y mira las orgullosotas... nos ven y ni siquiera nos saludan.

—Ni falta que hace! Vayan benditas de Dios! Estoy segura de que todo lo que llevan encima lo están debiendo. No quiero trato con tramposos.

* * *

—¡Adios, D. Gorgonio! ¿Qué está V. mirando con tanta atención?

—Pues, hombre, ¡nada! un capricho. ¿Se acuerda V. de Mercedesitas, la de Rodríguez?

—¡Ya lo creo!

—¿Se ha fijado V. en que de un año á esta parte se le ha ido desarrollando el *corsaje* hasta el punto de llamar la atención por lo opulento?

—¡Hombre, sí! Es verdad. Ahora recuerdo que, en efecto, hace un año parecía poco desarrollada y ahora...

—Pues bien; Mercedesitas ha entrado en esa caseta de enfrente, la señalada con el número 37, y va á salir de un momento á otro.

—¡Ah, vamos! Ya comprendo á V...

—¡Es claro, hombre! Quiero ver si ese desarrollo es natural ó si es debido á los postizos... Nada me importa; pero ¡psch! algo se ha de hacer para matar el tiempo.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! El bueno de D. Gorgonio... Vaya, pues allí la tiene V.

—¿No lo decía yo?.. Si no podía ser ménos... Eso no era natural.

* * *

—Diga V. bañera, ¿estará ahí muy hondo?

—¡Cá, no señora! No tenga V. cuidado.

—Pues he oído decir que todos los años hay ahogadas.

—Ser mentira, señora; entrando con bañeras buenos no ahogarse nadie.

—¿Y estará fría el agua?

—El agua del mar no estar frío, señora; ser agua templado.

—Vaya, pues vamos allá; pero tengo un miedo... no me soltará V. ¿eh?

—¿Yo soltar á la señora? Pierda cuidado.

—¡Qué fuerza traen las olas! Parece que está hoy alborotado el mar, ¿verdad?

—¡Cá, no señora! La mar estar sereno; muy bueno el agua.

—Pues si hacen una espuma... ¡Ay que me mojo! Cómo corre la ola... Parece mentira... ¡ay, ay, ay!

—Salte V., señora; cuando venir olas altas, dar un brinco buena.

—Ya, ya voy aprendiendo. Al principio se siente frío, pero luego da gusto. ¡Cómo chillan esos chiquillos! ¡Qué gritos dan aquellas mujeres!

—¡Una ola bueno! ¡Salte V., señora! Estar una mañana hermoso.

* *

—¿Y perdió mucho?

—¡Psch! Unos treinta mil duros, según dicen.

—Pues á pocos golpes como ese....

—¡Figúrate! Creo que nada puede salvarle de la ruina como no sea un golpe de fortuna ...

—¿Y la boda?

—Pues ahí está el busilis... Lo uno sin lo otro es imposible.

—¡Pobre Pepe!

* *

—Que está aquí, Fernando, no te quepa duda.

—Pero si es imposible, querida.

—Te digo que la he visto yo misma, no hace media hora.

—¿Y qué hacemos?

—Eclipsarnos; á ella la deben haber dicho algo y viene en tu busca.

—Pero si ella no sabe que yo estoy aquí; me cree en Baden ó en Spa... ¿Qué tal cara tenía?

—Iba al parecer muy contenta, riendo como una loca.

—¿Y con quién iba?

—Con Paco Rosales, si no me equivoco.

—¡Maldición!

—Pero ¿qué tienes, Fernando?

—¡Vamos! ¡Vámonos de aquí inmediatamente! ¡Castigo de Dios! ¡Castigo de Dios!

* *

—Calle V., señora, si cada vez que me acuerdo... Yo, claro, me agarré á la cuerda y me estuve muy quietecita .. es mejor ir á la cuerda que entrar con bañera, porque se da una el baño más á gusto, y está como quiere y donde quiere.... Pues bien, como le digo á V., estaba yo tan quietecita, cuando voy y qué se me ocurre?... ¡Cá! si cada vez que me acuerdo... Pues, hija, se me ocurrió alzar los pies y recolgarme de la cuerda... ¡Nunca lo hubiera hecho! Más pronto fué el alzar los pies que irme para arriba como una exhalación. ¡Vaya un susto que me llevé! Pero ¿y luego, señora?... ¡Nada! Por más fuerzas que hacia no era para bajarlos; gracias á que había cerca otra señora, y la dije que hiciera el favor de bajarme los pies, que si no... allí me quedo haciendo gimnasia hasta Dios sabe cuándo. Le digo á V. que cada vez que me acuerdo....

XI

Los billetes de recreo

—¡Los billetes, señores!

—Tenga V.

—Tenga V.

—¡Eh! ¡Pascuala!... Despierta, mujer, que está aquí el de los billetes. ¡Cá! Si cuando lo coge... tiene un sueño ... ¿No oyes, Pascuala? Vamos, saca los billetes, que está esperando este señor.

—¡Vamos! ¡vivo, vivo! que tengo prisa.

—Tenga V. el mio y el de esta. ¡Ay, hija! Siempre le ha de suceder á una esto; cuando está una en lo mejor del sueño le han de venir á fastidiar con estas pampinas.

—Estos billetes son nulos, señora.

—¿Cómo?

—Que son nulos, que no sirven para nada.

—¿Cómo que?

—Lo que V. oye; lo mismo es esto que ese pedazo de papel que está tirado ahí en el suelo.

—Pero, señor, si me los han *dao* ahí en Vitoria, en la estacion.

—Sí, señora, sí; pero no sirven para nada. Tiene V. que pagar un suplemento.

—¿Yo pagar? Pero ¿á qué santo, señor? Si los he *pagao* ya, yo misma; si señor, que ahí estará mi firma y la de esta, que aunque mala letra, todavía se *pué* leer.

—Pues no hay más remedio.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué ha de ser eso, señor? ¿Es esto ley de Dios?

—Lea V. ahí, señora. ¿Qué dice?

—Espere V. que saque los anteojos.. A ver, estoy sofocada... «No será válido este billete si no está sellado por la estacion de salida, siendo obligacion de su portador presentarlo al despacho de billetes para llenar este requisito.»

—¿Comprende V. ahora? Como V. no ha presentado estos billetes al sello no son válidos y por consiguiente tiene V. que pagar...

—Pero, señor ¿y yo qué culpa tengo? Si yo no lo sabia...

—Lo siento mucho; pero no puedo menos de obrar así; tienen Vds. que pagar un suplemento de billetes sencillos de San Sebastian á Vitoria que les cuesta 58 reales y medio.

—¡Cincuenta y ocho reales y medio!... ¡Esto es una enga-

ñifa. ¿Pa qué dicen luego que son billetes de recreo? Si los he *pagao* ya; si yo no sabia...

—¡Engañifa y bien engañifa!

—No se sofoquen Vds., señoras, porque nada adelantan con eso. Yo lo siento mucho, pero no puedo menos de cumplir con mi deber.

—Pero ¿y no ha de haber algun remedio? ¿No se podian mandar los billetes á San Sebastian *pa* que les pusieran el sello?

—Ya no hay remedio ninguno, señora; no hay más camino que pagar los 58 reales y medio. Ténganlos Vds. preparados, que luego volveré con el suplemento.... ¡Eh! ¡Buen hombre!... ¡Arriba! Haga V. el favor de darme el billete. ¿Cómo se llama V.

—Bonifacio Sanchez, *pa* servir á V.?

—¡Muchas gracias! Vamos, deme V. el billete.

—¡Tenga V.!... ¡Qué bruto! Y yo que no me acordaba...

—¿Qué dice V.?

—¡Nada! nada!... Que estaba medio soñando, y le he dicho á V. una barbaridad, porque yo no me llamo Bonifacio Sanchez, sino Ramon Rodriguez. Ahí está puesto en el billete.

—¿Sí, eh? En efecto, aquí esta puesto el nombre de Ramon Rodriguez; pero como no es V. Ramon Rodriguez...

—Sí, señor. Yo soy yo. ¡Pues no faltaba más!

—Bueno, ya veremos si V. es V. ¿Tiene V. la cédula personal?

—No señor; es decir, sí, señor; no la tengo aquí, pero la tengo en casa.

—Allí se puede estar. ¿Sabe V. escribir?

—Pues así, así, un *poquiyo*. Pero ¿á qué viene tanta pregunta?

—Ahora mismo lo sabrá V., porque entramos en una estacion; venga V. conmigo.

—Pero ¿á dónde me lleva V.?

—Ahora se lo diré. Vamos, aprisa que tenemos poco tiempo. Siéntese V. ahí y escriba en ese papel su nombre. Cuidado con el pulso que parece que le tiembla á V. ¿Es usted de la provincia de Avila?

—¡Cá, no señor, soy de la de Madrid.

—Veamos la firma. ¡Hola, hola! ¿En qué quedamos? ¿Con que al fin confiesa V. que se llama Bonifacio Sanchez?

—¿Pero he puesto eso? Si le digo á V. que estoy aturdido... ¡Vamos! Estaba de Dios, no *pué* ser ménos. ¿Pa qué me fiaria yo de mi primo?

—¿Primito tenemos? V. sí que lo va á ser.

—Mire V., señor, le voy á *dicir* á V. la *verdad*: ¿pa qué andar con *lialitas*? Pues sabrá V....

—No necesito saber nada. V. me paga ahora 276 reales y medio, que es el duplo del billete sencillo.

—¿Cómo? ¿cómo? Pero V. me *quie* dejar sin camisa; ¡276 reales!... ¡Qué barbaridad! ¿Y dónde tengo yo tanto dinero? Pero oiga V., señor, mire V... si yo no tengo la culpa... si fué mi primo... Yo le diré á V....

—No necesito saber nada.... Ese billete no es de V....

—No, no señor, es de mi primo Ramon; verá V., señor; él y yo estábamos sirviendo en Madrid....

—Si no me importa nada de eso....

—Pero, señor, si soy un pobre... no sea V. malo *pa* conmigo. ¿Qué daño le he hecho yo á V.? Verá V. como ha sido esto, señor; mi amo salió *pa* San Sebastian á últimos de junio y me llevó con él; y mi primo llegó quince dias despues con la señora.

—¿Y qué tengo yo que ver con todo eso?

—Escuche V., señor, yo le diré á V. Mi amo se quiso marchar muy léjos, *pa* Suiza ó no sé dónde y me dió *pa* que me volviese á Madrid, porque decia que no le hacia falta; y mi primo que tenia ese billete me empezó á enzarzar con que se lo comprase, que él se iba á servir *pa* Francia y que qué sé yo; en fin que yo me dejé embozar y se lo compré por dos duros. Y ¡*velay* V.!

—Sí, sí; ya veo que Vds. se propusieron pegársela á la Compañía... pero les ha salido mal la cuenta... Vaya V. aflojando la bolsa, y apronte V. los 276 reales y medio.

—Pero esto es *pa* tirarse de los pelos.

—Tírese V. si gusta. Por mí... aunque V. se quede calvo.

FERNANDO ARAUJO

Salamanca

LOS TRES ÚLTIMOS DIAS

DEL MARQUÉS DE AYAMONTE

(Conclusion)

La boda de Felipe IV con Doña Mariana de Austria, concertada desde la primavera del año 47, acaba de publicarse en la corte: el embajador de Alemania ha recibido orden del emperador Fernando III de hacer pública y solemne manifestacion de lo grato que le es este nuevo vínculo con la corona de España. Con este motivo habrá en Palacio magnífica recepcion, y luego ostentoso banquete.—La nueva reina de España, niña de 14 años, aún no ha venido de su tierra: trae en dote á Felipe IV cien mil escudos de oro, y recibe de él en arras otros cien mil, y cincuenta mil en joyas. Ya partió de Madrid para Viena el primogénito de Castel-Rodrigo conduciendo la joya tradicional, que vale ochenta mil ducados.—El rey se ha vestido de gala, de tafetan negro acuchillado y aforrado de tafetan cabellado oscuro; el Palacio está

preparado tambien como de gala, dispuestos los doseles y las camas; éstas de lo más rico que se vió jamás. La cama de respeto del rey, en la pieza donde da audiencia, está cubierta de lama de plata, y la colgadura es de tela de nácar. A las seis de la mañana estaba ya el monarca vestido, y por el Buen Retiro pasó á orar á Atocha: volvió á las siete, y asistió en la Real Capilla hasta las doce al jubileo de las Cuarenta horas.—Ya entra en su cuarto D. Luis de Haro con el marqués del Carpio, acompañando al embajador.—Lucidísimo viene el tudesco, vestido á la española, cuajado de diamantes y con el toison al cuello.—Acaba de besar la mano al rey, y otro tanto hacen treinta grandes que se presentan despues, los cuales están convidados para asistir á la comida. Grandes unos, pequeños otros, éstos gordos, flacos aquellos, pero todos de calidad, deslumbran con los diamantes y las cadenas, y los acuchillados y forros, ya blancos, ya encarnados, ya verdes, ya azules y de otros colores.—Hé ahí al duque de Fernandina, con dos cuellos en la ropilla y dos en el ferruelo; más allá el Almirante y el de Lumiares, y el marqués de Liche, luciendo entre los tres más de diez mil diamantes. El conde de Medellin, el de Luna y el de Béjar y sus tres hijos, traen sobre sí más de dos mil cadenas y otras joyas. El marqués de Leganés luce, por ser pobre, unas dos mil flores de blanco y pardo, y botones y cadenas de plata; el de Aguilar trae un vestido á la antigua, tan cuajado de oro, que no pueden dos hombres levantarlo del suelo. El duque de Osuna, con ser tan poderoso, vestido todo de negro, solo se ha puesto un cintillo de diamantes; pero ¡qué cintillo! Es como un cacho de luna que oscurece todas las estrellas.—Todos pasan rápidos; pero otro peloton viene detrás: el de Veraguas, vestido de telilla plateada y parda que le trajeron de sus estados; el de Alburquerque, de azul con mucha plata; el de Gandía, de pardo; el de Villahermosa, de negro con alamares bordados de acero, prueba notoria del buen gusto y de la distincion de este gran señor: el de Pastrana, de negro con botones de oro; el de Infantado... Este es el único en quien no se discierne gala ninguna, sin duda porque le basta la de su linaje.—¡Qué alegre y confuso rumor! ¡qué oleaje de plumas! ¡qué reverberacion de diamantes! ¡qué frís en los cintillos! ¡qué raudales de luz amarilla y blanca brotan de esa infinidad de cadenas de oro y de plata al moverse los eslabones de esas articuladas culebrillas de bruñido metal!—La bulliciosa comitiva va deslizándose de unas en otras régias estancias: ya dejaron atrás el magnífico *Salon de los Espejos*, y los personajes, ora bíblicos, ora mitológicos, de los soberbios cuadros de Rubens, Velazquez, Ticiano y Ribera que decoran sus paredes, se miran unos á otros en silencio despues de desfilarse ante ellos la deslumbradora cohorte. Ya desocupan el gran *Salon dorado*, y no parece sino que los retratos de reyes que animan y hacen viviente su friso, como admirados de tanta gala y riqueza, quedan con los ojos más abiertos y espantados. Ya invaden el vasto comedor del cuarto de verano del rey, donde la luz deslumbradora del *jardin de los Emperadores*, quebrada primero en el verde cortinaje que tejen las copas de los plátanos y acacias, y en la fantástica arquitectura vegetal de un improvisado alcázar de Flora, salpicado desde el zócalo al friso con la diamantina escarcha de cien surtidores, y sólo habitado por marmóreas estatuas y aves canoras; y tamizada despues en las enredaderas de las celosías, regala la vista seducida y encantada con tibios reflejos que despiertan en los demás sentidos toda la voluptuosidad de los oasis africanos....

Aquí llegaba en su sueño de consentida delectacion palaciega el infeliz marqués de Ayamonte, á quien el fiel Gamarra habia dejado solo, yendo con gran precaucion, y de puntillas para no hacer ruido, á echarse tambien en su cama. De repente se dejó oír ruido de pasos en la plaza del Alcázar, y el corazon presago de ambos, sin más causa, conmovido á un tiempo mismo, sacudió bruscamente el letargo de su sueño, y llevando al criado como una exhalacion junto al lecho del amo, hizo que con expresion de terror se mirasen de hito en hito.

—¿Qué hay, mi buen amigo?

—¿Qué ocurre, señor?

Ambos por un impulso instintivo clavaron sus miradas en las ventanas. Abrió Gamarra una de ellas, se asomó á la reja, y dijo al marqués, temblando como un azogado:

—Señor, á la puerta del palacio del Obispo hay alguaciles.

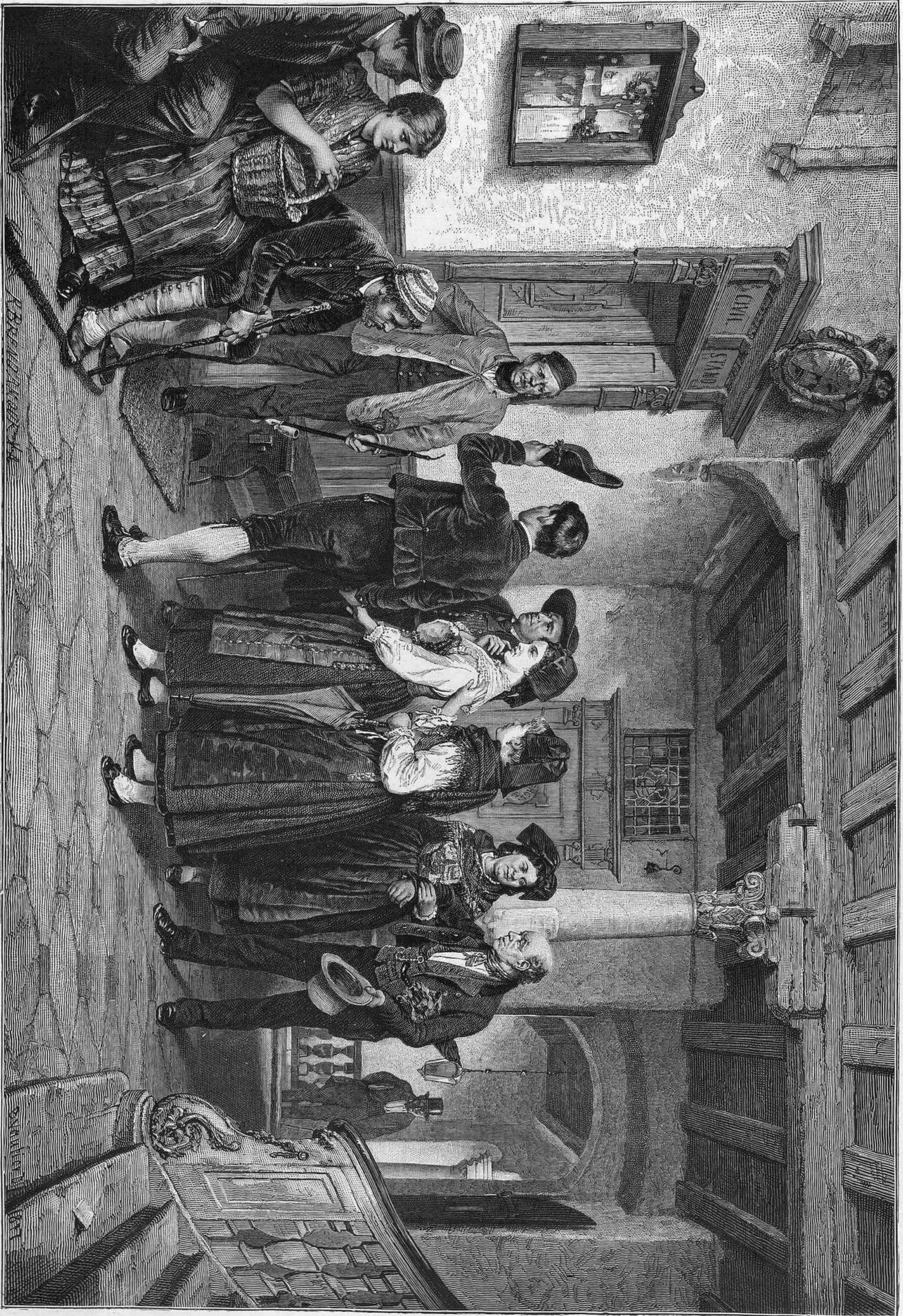
Asomóse el marqués, los vió, y añadió:

—Alguaciles de corte: los conozco, son pájaros de mal agüero.

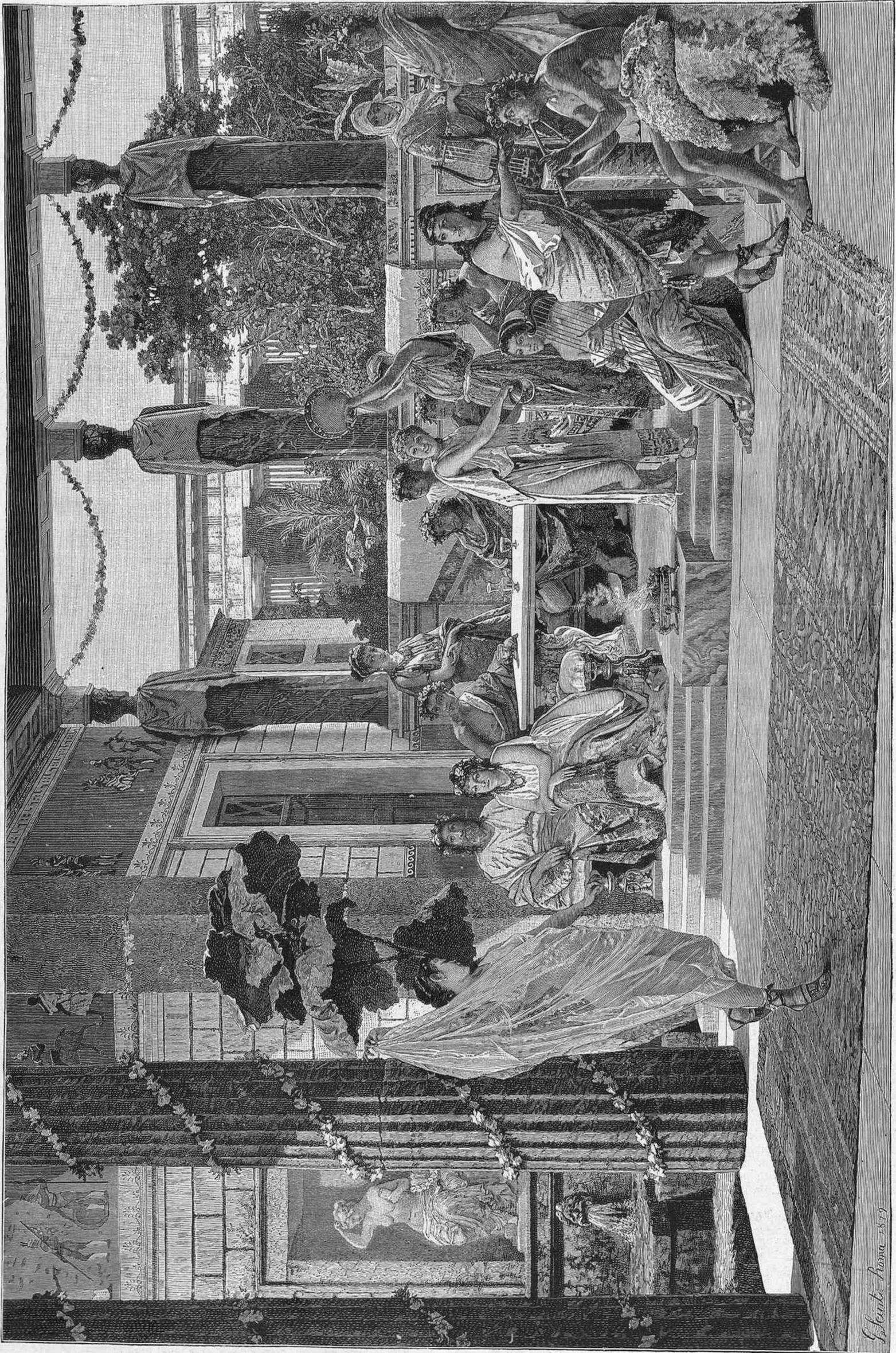
Esto es hecho.

V

Durante el diálogo de D. Francisco de Guzman con su criado, habia llegado á Segovia el licenciado D. Diego de Villaverde, Alcalde de corte, con Juan de Pinilla, Secretario del crimen, y seis Alguaciles, y apeándose en el meson grande de la ciudad, sin quitarse botas ni espuelas partió con cuantos con él iban á la casa del Corregidor. Avisado este, se presentó en el portal con toda diligencia y en cuerpo, y sin darle tiempo el Alcalde á que subiese por un ferruelo, porque hizo que se lo bajasen, ya que lo reclamaban de consuno el frio y la cortesía, se lo llevó al Alcázar, deteniéndose todos algunos instantes en las casas del Obispo, de donde á poco rato salió una vetusta silla de manos servida por dos robustos ganapanes,



EL MATRIMONIO CIVIL, cuadro por Benjamin Vautier



COSTUMBRES ROMANAS, cuadro por G. Scintzi

Escuela Romana 1879

Llegan al Alcázar. El alcaide D. Juan Navacerrada les espera á la puerta, y el Alcalde le dice:

—Vuesa merced me entregue á D. Francisco Manuel Silvestre de Guzman, marqués de Ayamonte, que está preso en estos alcázares, en virtud de esta cédula de Su Majestad.

Preséntale la real cédula, y el alcaide la besa respetuosamente.

—La obedezco, dice.

Y suben todos á la torre. Cuando el carcelero, por intimación del alcaide, abrió el aposento del marqués, este se hallaba en pie, con el sombrero y los guantes puestos, en actitud digna y demostrando en su semblante la mayor entereza. Su criado estaba atolondrado, anonadado, gesticulando á la puerta de su alcoba como un niño que quiere llorar y no se atreve.—Iba á hacer el alcaide su intimación en forma al reo; pero éste la hizo inútil.

—Estoy enterado,—le dijo.—Vamos.

Y emprendiendo la marcha con paso firme y resuelto, le atajó todo discurso.

Gamarra, como un perro leal en quien el cariño vence á la timidez, sin curarse de recoger su sombrero, siguió los pasos de su señor. Al llegar á la puerta de la calle, dijo el Alcalde al marqués:

—Vuecencia entre en esta silla.

Entró, y poniéndose tres alguaciles á cada lado, y el Alcalde, el Corregidor y Gamarra detrás, por la calleja del pasadizo del Obispo y por la ronda, salieron á la puerta de San Andrés, y arriados al muro, subieron á la solana del Rastro.—Entrando luego por la puerta fronteriza á San Martín, subieron á la cárcel donde esperaba D. Pedro de Valencia, su alcaide propietario, al cual el Alcalde Villaverde entregó al marqués.—Subieron, y Gamarra detrás de ellos, á un aposento que hacia esquina á la puerta: clavaron las ventanas, y entraron luces.

No pudo D. Francisco Manuel ocultar su sentimiento de verse en la cárcel pública.

—¡Y había que traerme aquí!—dijo, lanzando un hondo suspiro.

De allí á poco entraron á verle su confesor, el sabio franciscano, lector de teología, Fr. Diego de Miranda, y un virtuoso jesuita llamado el P. Pedralves: los cuales le acompañaron hasta el fin. Mientras con ellos conversaba el marqués, el Alcalde Villaverde salió afuera disimuladamente, y en voz baja, pero no con tanta precaución que no le oyese Gamarra, mandó á un criado de la cárcel que hiciese venir alarifes y un cuchillero.

Entró en esto el sota-alcaide, y sin empacho ni ceremonia, quitando las botas al marqués, le echó dos pares de grillos: el cual, mostrando nuevo sentimiento y fijos los ojos en su criado que amargamente sollozaba en un rincón del calabozo, dijo:

—Esto era bien escusado; pero dadme una cuerda con que sostenerlos.—Quitóse el alcaide Valencia una de sus ligas, y se la dió, y con ella Gamarra le alivió el peso de aquellos hierros.

Entró en esto el secretario Pinilla á intimarle la sentencia, la cual decía así: «En el pleito criminal que ante nos pende, entre el Fiscal de S. M. de la una parte, y D. Francisco Manuel Silvestre de Guzman, marqués de Ayamonte, y su procurador, de la otra; sobre el delito *lesæ majestatis* de que por el dicho fiscal es acusado; fallamos, atento los autos y méritos de este pleito, que le debemos condenar y condenamos á pena de muerte de cuchillo, y que le sea cortada la cabeza, y á confiscación de todos sus bienes, aplicados á la Cámara de S. M., y á que sean sus casas derribadas por el suelo. Y mandamos que esta sentencia se ejecute sin embargo de cualquiera suplicación que de ella se interponga. Y por esta nuestra sentencia definitiva, así lo pronunciamos y mandamos, etc.»

D. Francisco Manuel oyó su lectura con gran valor, y con voz entera dijo:

—La consiento, y olvido que en nombre de mi rey me fué prometida la vida. Esto ofrezco á mi Dios y Criador.

Retiróse el Secretario: retiráronse los demás, y quedaron solos en la cárcel el marqués de Ayamonte, los dos religiosos, y Gamarra.

En la pieza inmediata al calabozo del marqués se percibió gran ruido de gente que entraba y salía, movimiento de tabloncillos, golpes y martillazos, y era que se estaban ejecutando las órdenes del Alcalde D. Diego de Villaverde. Había este mandado á los alarifes á quienes hizo llamar, que levantasen en aquella pieza un cadalso de una vara de alto, y que dispusiesen un ataúd cubierto de bayeta muy basta; y al cuchillero ordenó que hiciese dos cuchillos de muy agudo corte. El marqués oía los golpes y martillazos, mas no se daba razón de lo que aquello significaba, y embobado en el triste pensamiento de la muerte ignominiosa que iba á recibir, se dirigió á su confesor con estas palabras:

—Padre, con gran confusión quedo acerca de la forma de mi suplicio: ¿me cortarán la cabeza por detrás, como á los delincuentes más infames? ¿Será mi muerte en público cadalso?

—Deseche V. E. esos pensamientos,—le replicó el buen sacerdote:—son sugerencias del espíritu mundano. Pienso V. E. tan sólo en la salvación de su alma, único bien positivo que le espera.

Y como advirtiese el P. Pedralves que el buen criado, anegado en lágrimas y sin poder reprimir sus singultos y sollozos, ponía en peligro la entereza del reo y su presencia de ánimo, tan necesaria en aquellos momentos supremos,

—¡Ea! buen Gamarra,—le dijo:—ya vos habeis cumpli-

do como leal servidor, y ahora vuestra presencia más daña que aprovecha al señor á quien tanto habeis amado. Nosotros os sustituimos en todos vuestros cuidados, y aun extendemos nuestro servicio á más alto ministerio, á donde, á pesar del más generoso deseo, no alcanza el vuestro. Retiraos, hijo, que vuestro propio señor será gustoso de despediros para entregarse de lleno á las santas meditaciones que deben ya ocupar su espíritu, como buen cristiano.

Arrojóse entonces Gamarra en los brazos del marqués, el cual los abrió muy de grado para estrecharle contra su pecho. Ambos tiernamente sollozaron; pero repuesto en breve el de Ayamonte, y quitándose la sortija de zafiro que tenia en la mano derecha,—Toma, hijo mío,—le dijo:—no tengo otra cosa con que pagarte la buena compañía que en tan larga prision me has hecho y los consuelos que me has dado.

Él mismo la puso en el dedo de su criado, y éste, hecho un mar de lágrimas, salió precipitadamente de la estancia, como cediendo á una inspiración suprema, y lanzando conmovedores gemidos.

El marqués, recobrada su serenidad, permaneció hasta las once de la noche en compañía de sus dos piadosos asistentes. Recogióse entonces al lecho, y á eso de la media noche, advirtiendo el alcaide Valencia desde fuera que no sosegaba, entró á preguntarle si algo se le ofrecía.

—El estorbo y frialdad de estos grillos,—le contestó el marqués,—me quitan el descanso.

Dió orden el alcaide á su teniente de que se los quitase, y mostró el marqués mucho agradecimiento á aquel rasgo de humanidad, tan raro en los hombres de semejante condición como una fragante violeta en medio de un arenal.

—Tomad, le dijo con amistoso acento, este sombrero mío de buen castor, y dadme el vuestro.

Dió las gracias y rehusó el cambio el alcaide, y saliendo del aposento, dejó al reo en reposo.—Durmió este hasta las dos: y entrando entonces los dos religiosos, le dijo el confesor:

—Dos cosas traigo para V. E. que espero en Dios le serán de mucho alivio: la primera es que el corte ha de ser por delante; la segunda, que no será en público, sino en esta pieza de afuera, donde los golpes que V. E. ha oído no eran otra cosa que construir su cadalso.

Mostró consuelo el marqués y exclamó:

—¡Bendito y loado sea mi Dios y Criador, que tantas misericordias usa con quien ha merecido tantos castigos!

Levantóse muy temprano: era viernes 11 de diciembre: aquel día comulgó y oyó tres misas en la capilla de la cárcel, y volviendo luego á su aposento ó calabozo, desayunó. De allí á poco se dejaron oír de nuevo los martillazos de la funesta tarea que proseguían en la pieza inmediata.

—Padre mío,—dijo á su confesor,—ó no tengo corazón, ó le tengo muy duro, pues no me asombra oír los golpes del cadalso en que mañana he de morir.

—Señor,—le respondió Fr. Miranda,—pues V. E. ha sido siempre tan devoto de la Virgen Ntra. Sra., válgase ahora de su intercesión y favor para que le alcance y le sugiera consideraciones profundas de los dolores y agonías que padeció aquella soberana Reina de cielos y tierra oyendo y viendo clavar en la cruz á su hijo, Dios Redentor nuestro, á la hora en que temblando la tierra, turbándose los demás elementos y oscureciéndose los cielos, solos los hombres pagaban en injurias su redención.

Suspendióse el marqués oyendo tan oportuna excitación, y desde aquel punto fué tal su conformidad, tantas sus lágrimas, tan tiernas y devotas sus razones, que todos los que de ello fueron testigos lo juzgaron singular favor del cielo.—Pasó lo restante del día en coloquios edificantes, confesiones y actos de contrición, y con admirable sosiego de cuerpo y espíritu, durmió aquella noche dos horas.

VI

Amaneció el sábado 12: oyó en la capilla cuatro misas y se recogió con los dos religiosos á su aposento. A las nueve abrieron su puerta: traían un triste presente: el capuz de los ajusticiados. Besó el siniestro saco el marqués: quiso su confesor vestirsele, pero figurándose que tendría aberturas para los brazos, le arrebujó de modo, que en vez de colocárselo bien, lo estorbaba.

—Dadme acá, yo le vestiré, dijo D. Francisco Manuel; y diciendo y haciendo, se lo endosó y terció sobre ambos hombros, con tanto sosiego como si estuviera vistiéndose en su palacio. Tomó luego el crucifijo que con el capuz le trajeron, y diciendo:—Ya es hora, vamos,—salió á la sala contigua, donde, al ver el cadalso sin bayetas,

—¿Cómo está esto así? preguntó con alguna viveza.

Se reprimió en seguida, se reconcilió, y subiendo con paso firme al tablado que rodeaban los alguaciles de corte, con el Secretario Pinillos y muy pocas personas más, pronunció estas palabras:

—Vuesa mercedes me sean testigos de que en viéndome en la presencia de Dios, que espero en la divina misericordia será muy presto, prometo rogar á su piedad inmensa por los aumentos de esta Corona y por la salud y vida del rey mi Señor.

El confesor Fr. Diego de Miranda, juzgando que no todos le habían oído, repitió su generosa declaración.

Sentóse en seguida el marqués en la silla del patíbulo: tenia en las manos la imagen del Crucificado, y en ella clavados los ojos con tanto fervor, y fueron tantos los actos de fe, esperanza y caridad que hizo, tan devotos los afectos que expresó, tan esforzadas y ansiosas las ternezas

que se le ocurrieron, que suspensos y atónitos los circunstantes, parecían ellos los sentenciados á muerte, y sólo él en el pavoroso trance se mostraba animoso.

Llegó á él como abochornado el verdugo, hincó la rodilla y le pidió perdón: le ató luego piernas, brazos y cuerpo, y al vendarle los ojos, enredándose el tafetan en la guedeja, se turbó. Viéndole el marqués titubear,

—No te turbes, amigo,—le dijo.

Animado entonces el ejecutor, le vendó bien, y le pasó el cuchillo por la garganta con más presteza y mejor suceso del que prometía aquel vil y torpe esclavo. Luego le cortó la cabeza por detrás y se la puso á los pies, más para escarmiento de desleales que para castigo del que ya estaba libre de toda pena.

Dos horas despues le amortajaron, y al anochecer salió de la cárcel el funeral. Iban en él niños de la doctrina, doce religiosos franciscanos, otros doce de la Victoria, y la parroquia con preste y diáconos. Seguía el cuerpo, llevado en hombros de cuatro hermanos de S. Juan de Dios: el ataúd cubierto de bayeta muy basta, clavada y ajustada á la madera, sin pendiente ni otra cubierta. El cielo estaba muy nublado: cerraba la noche y hacia el espectáculo más funesto y pavoroso al concurso, que era muy grande.—Llegaron á San Francisco, y allí, con un solo responso, le enterraron en sepultura comun.

En esa misma iglesia de S. Francisco estaba á aquella hora dirigiendo al Señor fervorosas preces por el descanso eterno del infortunado marqués de Ayamonte, un humilde lego que había tomado el santo hábito hacia solo dos días. Con dar su nombre, no oscuro por cierto, y ofrecer como dádiva para la devota imagen de Ntra. Sra. que se veneraba en aquel templo, una hermosa sortija de zafiro que llevaba en el dedo, su entrada en el convento había sido cosa expedita.

PEDRO DE MADRAZO

¿RÁPSODAS Ó ARTISTAS?

Como cuestion concreta, pero que reviste suma importancia, pues toca á las entrañas mismas de la vida y de la belleza, se trata hoy con calor y apasionamiento superiores á los que movían las luchas entre clásicos y románticos, acerca del alcance y trascendencia del arte.

Estas terribles enemigas, que entre sí mantienen los hijos de Apolo, tienen mucho de locales, bastante que es hijo de las circunstancias y no poco de las contingencias temporales, dentro de las cuales vive el arte y sigue la vida entera su ley progresiva. Pasa el fragor de la batalla; se inicia, á través del decurso del tiempo, lo que algun crítico ha llamado ley del optimismo de la distancia; se apagan los fuegos, cesan las hostilidades y tirios y troyanos dejan en el campo de batalla algun que otro arañazo, en forma de apreciación injusta respecto á su adversario, pero á la vez se *rectifica y amplía* el criterio artístico y todos, que son á la vez vencedores y vencidos, cooperan á la victoria y triunfo positivos de los intereses permanentes de la belleza y del arte.

Todos los artistas de todos los bandos, los blancos como los azules, lucharon con ardor por su causa, fueron portaestandarte de sus principios innovadores y llegaron por la lógica inflexible del error, los que se ponían del lado de la innovación revolucionaria al absurdo de la reacción, los que defendían las trincheras de lo tradicional al delirio de lo anárquico y de lo revolucionario, revelando de esta manera «que toda protesta innovadora implica una fuerte reacción» y á la vez «que toda estética inalterable degenera en un impulso innovador.»

El *aura mediocritas* de Aristóteles es la ley implícita en los progresos del arte y la piedra de toque, segun la cual se formula el juicio definitivo respecto al valer y representación de las más opuestas escuelas literarias y de sus más esclarecidos adalides. Aunque hoy exista algun empedernido romántico, aunque se guie por el *parti pris* de su criterio exclusivo, ¿estimarán, por ejemplo, que nuestro Moratin debe ser juzgado por sus pedestres comentarios al *Hamlet* de Shakespeare? Si algun clásico atildado examina la representación genial de Victor Hugo, ¿dudará de sus envidables aptitudes, porque haya tenido el mal gusto de hacer la apología del pulpo?

El progreso lento de los tiempos ha declarado extemporánea la lucha entre clásicos y románticos. Continuarla hoy sería estéril, pues ella ha dado de sí cuanto podía dar: concepto más amplio y extenso de materia y forma artísticas.

Quizá no está lejano el día, en el cual cese tambien la manoseada contradicción que hoy se establece entre las escuelas literarias, *naturalista é idealista*. A un error idéntico llegaron ambas, aunque por distinto camino, y á una rectificación fecunda de este mismo error convergen ambas escuelas, siquiera sea por procedimientos opuestos, que de esta suerte se elabora el progreso de las teorías estéticas como de todo en el mundo, parcialmente y por grados, no á modo de cuadrícula fija ó de revelación genésica. Si la realidad es prisma de infinitas caras, que la percepción científica se asimila por partes y la emoción estética esculpe y expresa por aspectos parciales, ciencia y arte, lo mismo que todas las grandes energías del espíritu colectivo, que tejen esta delicada urdimbre de la cultura humana, son *dinámicas* y no estáticas, progresan y adelantan por grados, á medida que crecen y se agigantan sus perspectivas. De igual modo que el hombre que asciende por una montaña, va descubriendo á cada paso que sube más amplio el horizonte, sobre todo comparado con el limitado que percibía en el fondo del valle, el espíritu

colectivo, que asciende por esta escala de Jacob que se llama el progreso humano, va descubriendo, desde cada peldaño que gana, más amplio y extenso horizonte, que le ofrece condicion favorable para rectificar las *miopías* de que antes fuera víctima. Pudiera, en este sentido, afirmarse contra todo resabio paradójico, que en el orden ideal cómo en la realidad, «la historia del error es a la vez la del progreso de la verdad.» Así, en la Iglesia, por ejemplo, la época de las herejías fué la de la informacion y depuracion del dogma, pues enseña el aforismo lógico que sólo errando y errando se llega a corregir y rectificar el error.

Desde sus puntos de vista exclusivos el idealismo, con sus exageraciones clásicas, y el naturalismo, con sus virulencias innovadoras, el primero, ateniéndose a lo tradicional y consagrado cual arca santa en las reglas del buen gusto, *Noli me tangere* de los infolios de retóricos y preceptistas, y el segundo, enamorado hasta el fanatismo, sobre todo en Zola, de una obsesion empírica y simplemente observadora y expectante, concluan, probando que los extremos setocan, para negar, aunque contendencia y alcance bien distintos, que fuese la personalidad del artista factor esencialísimo en la produccion de la obra bella. Los esfuerzos de unos

y de otros convergen al mismo fin. Aun lo más personal y de más relieve, el estilo, queda anulado por la pauta ó patron hecho de la escuela literaria, en que cada poeta se alista. ¿Quién no recuerda como una excepcion los contados académicos que siguen escribiendo con la naturalidad que lo hacian antes de llegar á ser inmortales? ¿Quién no ha leído las retenciones con que Zola por ejemplo admite en la escuela naturalista á Daudet, cuya delicada percepcion artística y cuyos rasgos personales igualan, cuando no superan, á la observancia del dogma fundamental del Naturalismo?

El idealismo, con sus soñados tipos de belleza absoluta, supremas é inmóviles entidades de la mente divina, y el naturalismo, con la plancha fotográfica á que reduce la inspiracion del artista, cual simple colector de lo que recoge en la observacion exterior; ambos á la vez anulan, en sus extremas deducciones, el factor personal, reduciendo al artista á ser un simple rápsoda y cercenando su inspiracion para que se circunscriba á ser espejo reflector ó de aquellos tipos absolutos que soñara la imaginacion calenturienta de los idealistas desenfrenados, ó de aquella complejidad de hechos, que el observador naturalista percibe en el espectáculo del mundo.

Olvidan los primeros que el tipo de la belleza, aunque se le considere como absoluto, en cuanto se realiza y determina, tiene que ser dinámico y manifestar su vida, su evolucion y su desarrollo, principalmente en la emocion estética que despierta en el artista y que éste hace despues surgir, mediante su inspiracion, en el público. De otro lado, pasa inadvertido para el naturalista *enragé* que el



Marco Antonio contemplando el cadáver de César

genio no es plancha de blanda cera, en la cual mecánicamente se graba el espectáculo que contempla, sino que el genio, impresionado por la belleza real, queda modificado por ella y segun esta modificacion produce su obra, en la cual, como dice Goethe, va dejando algunas veces hasta pedazos de sus entrañas, hondamente conmovidas por este intenso saber *mirar y ver*, á que se refiere en primer término la inspiracion artística. Aunque se pretenda, como algunas veces lo intenta Zola, identificar el arte con la ciencia experimental, ¿cómo ha de ser posible que pase para nadie inadvertido que la experiencia vale por su *interpretacion*, hija de aquel saber mirar y ver, propio del genio y negado á las medianías? ¿Cómo se ha de olvidar que esta interpretacion revela la intervencion del factor personal, si el experimentalismo consiste en descomponer la experiencia presente para componer la experiencia futura, de cuya composicion surge despues la síntesis, que engendra la obra de artes, y la prevision, que es producto de la ciencia y á que debe ésta el nobilísimo oficio de conquistadora, segun la denomina Lauge?

Más impersonal aún la obra de la ciencia que la empresa llevada á cabo por el arte, no se puede, sin embargo, prescindir en la primera del elemento personal, que imprime sello y carácter á todas sus construcciones. Tomando, por ejemplo, las Matemáticas, ciencias tenidas generalmente por exactas, y prescindiendo de si las nociones matemáticas son, como quieren unos, tipos creados de una vez por la idealidad genésica del espíritu y que se imponen á la experiencia por virtud de un misterioso acuerdo entre el pensamiento y la realidad exterior, ó son derivadas, co-

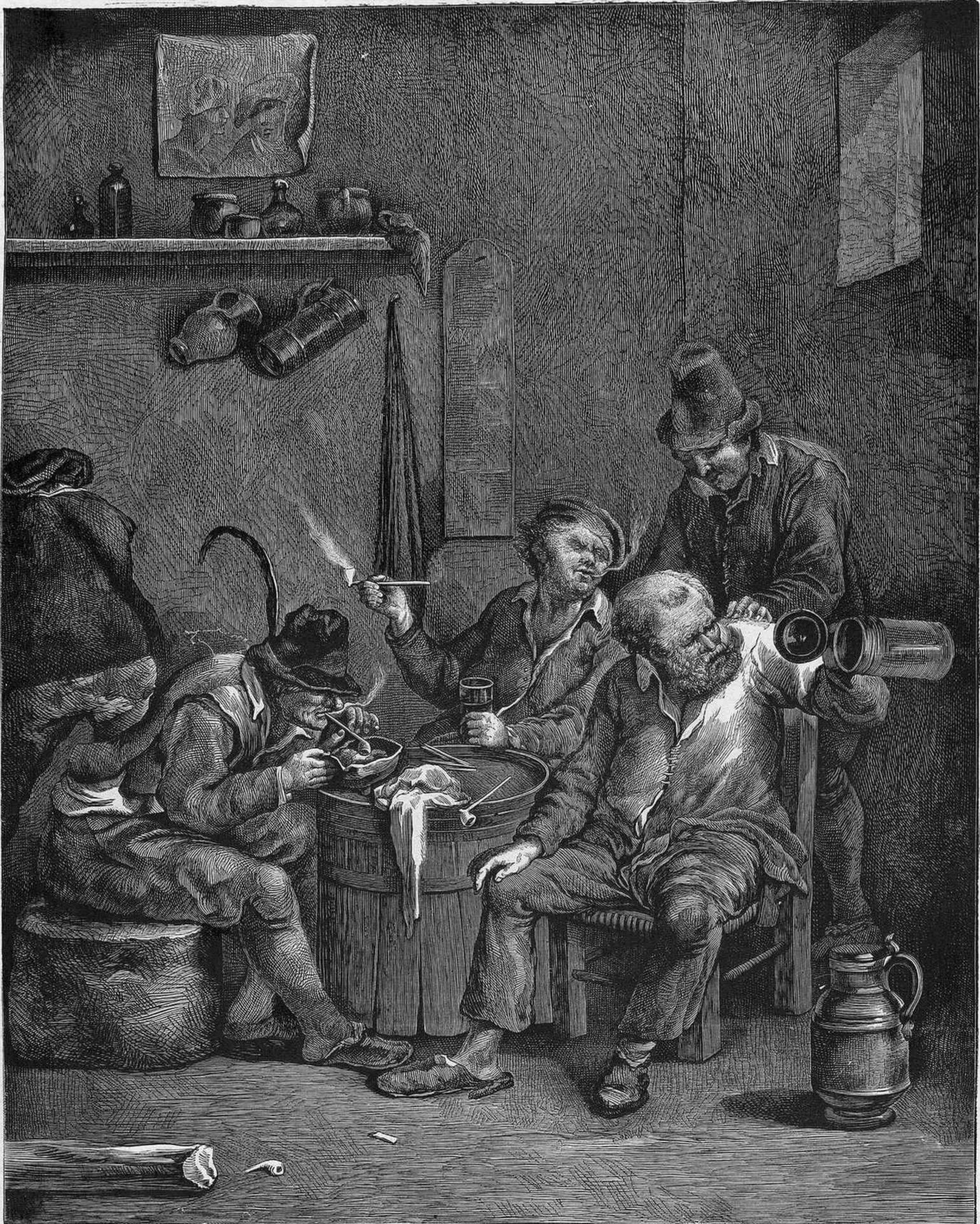
mo afirman otros, ya directa, ya indirectamente, de la experiencia sensible cual modelos ó copias de los objetos exteriores; es lo cierto que las mencionadas nociones matemáticas no son representaciones enteramente exactas de la realidad exterior, como lo prueban los ejemplos del círculo de los geómetras de radios exactamente iguales, que no corresponde con ningun círculo real, y los puntos de una superficie esférica, equidistantes de los centros, condicion que no se cumple en la esfera material. Contra esta simplicidad inflexible del razonamiento lógico y abstracto, se rebela siempre la complejidad sintética de los objetos reales y concretos. Es también evidente que el matemático concibe, guiado por los moldes en que recluye su pensamiento la fuerza de la abstraccion, ideas, cuyos modelos exactos no se encuentran en la realidad. De ello es una prueba el concepto de lo infinitamente pequeño, al cual no llegan jamás nuestros sentidos, ni nuestros instrumentos de division, áun aquellos más precisos. ¿Quién ha visto, en la realidad, por ejemplo, tal como lo contempla, en las abstracciones de su fantasia, el geómetra, el polígono regular de mil lados?

Aun en el caso en que el espíritu, como pretende el experimentalismo moderno, eduje de la experiencia

los elementos primeros de las ideas matemáticas, siempre resultaria que las *elabora y transforma* y procede como si las hallara en sí mismo, dando de esta suerte intervencion y relieve al factor personal, que concibe dichas ideas como *construcciones* del espíritu, segun leyes del pensamiento. Merced á esta generacion, que hallará si se quiere su causa ocasional en la experiencia, las ideas matemáticas son, como dice Kant, un *esquema* ó representacion individual de un sistema de relaciones individuales, esquema ó representacion, cuya síntesis es debida por lo ménos á la condicion personal del que las percibe y forma.

Algo semejante, aunque con mayor plasticidad, porque se mueven dentro del mundo de la fantasia, acontece con las concepciones artísticas, cuya síntesis se refleja, no en la luna insensible de un espejo, ni en el cliché, de asimilacion mecánica, de la plancha fotográfica, sino en el alma del artista que siente, obra y vive y se emociona ante la impresion, porque, como dice St. Mill, podrá ser todo lo material que se quiera la vibracion que nos impresion, pero la sensacion por dicha impresion causada, es toda ella espiritual é interna y al estado específico de nuestro interior obedece por lo ménos en igual grado que á las leyes físicas, segun las cuales la excitacion se ha producido. No tendria de otro modo explicacion posible la sencillísima advertencia consignada ya por Platon, de que el vino sabe bien al que está sano y mal al enfermo.

Esta idiosincrasia moral del artista, es el sello de su personalidad, que elevó á Goethe, el poeta más personal



LA TABERNA, cuadro por J. Ostade

de los tiempos modernos, á la region de los iguales, como llama V. Hugo á los genios. Este sello personal, que el Naturalismo, corrigiéndose, quiere reconocer en las obras de inspiracion, es la distincion característica que puede y debe establecerse entre el arte, bello, y el mecánico de la copia fotográfica. Este sello personal, que el Idealismo, rectificándose, aspira á consagrar en los productos de la imaginacion artística, representa la línea divisoria entre el rapsoda, que copia, y el artista, que crea. El Naturalismo profesa, como principio incontrovertible, que es colaborador á la obra artística el *medio ambiente*, idea racional en el fondo, aunque vestida de ropaje empírico, cuya eficacia no anula la intervencion personal del artista, pues ya declara Zola que toda intervencion artística es un *documento humano*, un pedazo de la realidad, vista *á través de un temperamento*. El Idealismo reconoce tambien que las reglas de buen gusto, consagradas por el juicio unánime de los siglos, no pueden convertir en ar-

tista al que no lo sea, que el poeta nace y hay algo en él ingénito, que es su sello personal. Si no fuera suficiente prueba la concordia de estas opiniones extremas, en que se divide hoy el criterio artístico, hablaria en pró de nuestra tesis, con más elocuencia que todo razonamiento, el hermoso y nunca bien ensalzado desarrollo del *humorismo* en el arte moderno.

Coincidiendo en esta afirmacion, que es por demás fecunda en consecuencias, naturalistas é idealistas, obra será encomendada al lento progreso del tiempo y á la ruda labor de la historia el anhelado concierto entre estas escuelas en puntos todavía más concretos y de más virtualidad para el arte productor y para el arte crítico. En ambas se anuncia ya tambien la sincera conviccion de que el material artístico se toma, ante y sobre todo, del arsenal de la vida real y de la naturaleza. De dicha conviccion se deducirá despues conformidad más estrecha, consorcio más íntimo entre los criterios opuestos, cuya

disidencia parece reducida al presente á una cuestion de procedimientos, ya que en las teorías estéticas del Idealismo y del Naturalismo queda implícita la idea enteramente exacta de que toda obra de arte es á la vez real é ideal y ya que en los frutos inspirados en dichas teorías se revela y se hace práctica esta misma idea. En medio de estos puntos de conexion sólo persiste la disidencia en lo que toca al procedimiento, siquiera por fortuna no alcance la disparidad de criterio al fin primordial del arte; que unos y otros partan de aquellos puntos, que les son comunes, y al reñir sus batallas en lo que les divide, que todos recuerden el aforismo de Bacon: «*natura parendo vincitur*.» Con esta condicion perderá algo el amor propio exaltado en la lucha diaria por pontífices y apóstoles de la antigua y nueva doctrina, pero ganarán mucho los altísimos intereses del arte y de la belleza.

U. GONZALEZ SERRANO

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMON